

La pata quebrada

Con la edad los huesos se tornan como cañas quebradizas y rompen al menor embate. Y así ha sido como he venido a dar al suelo y en astillarme la rodilla. Resultado de todo este desaguizado: unos meses de inmovilidad absoluta, encerrado entre cuatro paredes y con la pata escayolada en alto. Mi lugar obligado es, ahora, el viejo sillón de orejas que está junto al balcón. Y como —según suele decirse— no hay mal que por bien no venga, estoy aprovechando esta mi condición de estatua y la parsimoniosa lentitud del tiempo. Ambas circunstancias, obligadas aunque pasajeras, me están permitiendo disfrutar del mal paso como un enano. Y nunca mejor dicho...

Por una parte he recuperado el placer de la palabra, gracias a las visitas. Vienen a verme viejos amigos y amigas, algunos hacía años que no los había visto, y me traen tocnillos de cielo, marrón glacés y otras delicias prohibidas. Pasamos las tardes charlando, recordando hazañas del pasado y viendo oscurecer a través del balcón. Luego encendemos el fuego, prepa-



FERIDUN ORAL.

ramos la merienda y seguimos hablando y hablando hasta que la noche nos convierte en un aquelarre de sombras parlantes. Es estupendo esto de dejarse

llevar por el arrullo de las voces, contar y oír las mismas viejas historias, repetidas y sabidas, pero como si fueran tan inéditas y magníficas como una inatendida primavera.

Por otra parte, cuando todos se han ido y quedo solo, la casa en un silencio de algodón y el tiempo como coagulado, vuelvo a mis viejos libros. En cada relectura, aunque sea de un capítulo o de un simple párrafo, encuentro siempre un matiz inesperado, otro sentido fulgurantemente captado ahora, un eco que se había escapado en anteriores lecturas, un brillo nuevo a una palabra, la fragancia olvidada de un adjetivo o el fragor lejano de cómo era uno cuando, en otros tiempos, leía esas mismas líneas. Y así mengua el dolor, van pasando las horas y los días y pareceme que el mundo entero viene a romper, como una ola amistosa, a los pies de mi desvencijado sillón de orejas. Tanto y tan saludable es el poder de la palabra que, según creo, mi rodilla está sanando con este trasiego de gentes y libros.

El Enano Saltarín.